

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Radcliffe, Sarah A. (2022). *Decolonizing geography: an introduction*. Cambridge: Polity Press. 208 pp.

Rodrigo Tovar Cabañas

El Colegio de Veracruz (México)

El libro *Decolonizing Geography* de Sarah A. Radcliffe, es una crítica más a los paradigmas occidentales de investigación y conocimiento desde la posición de una mujer anglosajona. Radcliffe valora la forma en cómo los comentaristas descoloniales argumentan que la colonialidad impregna las modalidades modernas de pensamiento, las cuales se han vuelto dominantes a través de instituciones y procesos clave, puesto que el poder colonial y sus legados no se desvanecieron después de la independencia, ya que los patrones extractivos, ordenados o violentos se arraigaron en las relaciones económicas, en las jerarquías socio-raciales, en los modos de pensar y en las agendas de los estados poscoloniales y coloniales.

Como muchos otros, Radcliffe, ve en los países poscoloniales que, los sistemas legales, las religiones, los idiomas, los diseños urbanos y las relaciones económicas todavía son a menudo eurocéntricos en intención, forma y propósito. Incluso admite que en Europa también existen tales relaciones coloniales, modernas y complejas, con sus vecinos mediterráneos, desde la expulsión católica de los gobernantes moros de Iberia hasta el tratamiento de los refugiados marítimos del siglo XXI.

Es de las contadas referencias del centro del sistema mundo que admite que la colonialidad se entrelaza con la modernidad a través de criterios eurocéntricos que arbitran la asignación y el destino de los recursos, las sociedades y las instituciones. Lamenta que la disciplina de la geografía seguirá conservando su eurocentrismo, su colonialidad y su blanquitud a menos que todos los geógrafos comiencen a hacer el trabajo antirracista y descolonial realizado históricamente por los pueblos indígenas, las personas de color, las mujeres, los profesores y estudiantes *queer*. Es decir, descolonizar el conocimiento geográfico requiere cambiar la razón

geográfica, lo cual implica extender la razón más allá de los provinciales horizontes eurocéntricos, o sea admitir la producción del conocimiento geográfico que ocurre tanto en otros campos disciplinarios como en otras culturas y cosmovisiones.

En el primer capítulo, por ejemplo, cita un caso, donde los geógrafos que descolonizan los procesos geofísicos en los humedales de Chicago, tienden a reconocer las historias de colonización, los legados eurocéntricos del modelado de humedales y el conocimiento indígena para ampliar los conocimientos geográficos y las lógicas de interpretación. De esa manera, la geografía física puede aprender de los poseedores de conocimientos no occidentales sobre características y procesos geofísicos, incluidos los flujos de agua, la estructura del suelo y los glaciares.

Tras discutir los principios de la descolonización de la geografía, Sarah A. Radcliffe pasa a un caso específico de descolonización en la práctica, para ello analiza un proyecto de mapeo de Los Ángeles desde la perspectiva de los grupos indígenas. El proyecto Mapping Indigenous, LA en sí crea mapas en línea para documentar y hacer visible la presencia silenciada de grupos indígenas en el área de Los Ángeles, reelaboran las representaciones cartográficas occidentales estándar para brindar destellos de la creación de espacios alternativos.

Afirma que su marco conceptual Modernidad-Colonialidad-Descolonialidad (MCD), no comprende ni un paradigma ni una teoría, que difiere de los argumentos poscoloniales y subalternos en su caracterización de la modernidad, puesto que el argumento central de la MCD es que la modernidad y la colonialidad están inextricablemente entrelazadas, por lo que hablar sobre el mundo moderno implica necesariamente reconocer y comprender la colonialidad.

En el capítulo tres, la autora analiza las geografías negras e indígenas, los feminismos poscoloniales-descoloniales y las geografías de la paz y la violencia cuyos análisis críticos de la colonialidad-modernidad desafían directamente la blanquitud de la disciplina y el eurocentrismo del mundo único.

En el capítulo cuatro retoma la forma en que la geografía física puede sumarse al marco MCD, puesto que interroga sobre ¿Qué ideas podrían aportar la navegación estelar polinesia a los esfuerzos de los geógrafos por comprender las corrientes oceánicas y la distribución de la contaminación plástica? Al tiempo advierte que deshacer las geografías preñadas de dogma único no es sencillo, ya que ello implica desafiar a la arraigada tendencia de pasar por alto las consecuencias generalizadas del colonialismo y el racismo.

Empero tiene esperanza porque, la geografía física ha comenzado a interpretar ciertos procesos físicos estocásticos y complejos, que dan forma a la Tierra, con relación a las fuerzas políticas y sociales históricas y contemporáneas; mientras que las implicaciones de las geografías negras para la decolonización de las geografías físicas y ambientales se están valorando lentamente; además de que desde la lente del género y la sexualidad, las geógrafas feministas descoloniales arrojan luz sobre la base territorial de la colonialidad en la dominación patriarcal y las normas de género.

Bajo esa línea Radcliffe dice que las geografías críticas de la violencia y la paz contribuyen al caleidoscopio de las geografías descoloniales al rastrear cómo la expresión espacial de las violencias estructurales y lentas produce distribuciones tan desiguales de la vida y la prosperidad.

El cuarto capítulo, la autora ve cómo poco a poco los geógrafos reconocen y rastrean cada vez más las formas diferenciadas y relacionales en que los grupos sociales accedieron a los recursos espaciales, cómo se empoderaban y empoderan del espacio por patrones socio-espaciales de inclusión y exclusión. También ve cómo los geógrafos indígenas y negros, documentan espacios racializados, cómo los grupos desfavorecidos forjan identidades y lugares significativos, como los sentidos de lugar de los negros que se han constituido de manera compleja en sitios tensos, como plantaciones de esclavos y alrededor de los penales. El valor de su trabajo radica en que sus discusiones descoloniales apuntan a ver cómo la colonialidad-modernidad corta las conexiones entre los humanos, al negar la plena humanidad y el florecimiento de los sujetos subalternos en el espacio.

Cabe agregar que su postura también invita a ver a los humanos no sólo como entidades biofísicas hechas de carne y hueso, sino como sujetos que dependen y se ven afectados diariamente por una plétora de enjundias no humanas. En efecto, Radcliffe se acerca a los marcos posthumanistas, para comprender que los humanos no están por encima sino en la naturaleza, con profundas implicaciones para la ética ambiental y los conceptos geográficos de espacio, lugar y territorio.

Ella admite que en el proceso de decolonización de la geografía, el concepto fundacional de naturaleza ha sido profundamente repensado, ya que los catálogos eurocéntricos de los dominios naturales y humanos se ven anulados por la inclusión de los seres distintos a los humanos y, más recientemente, por la noción de pluriverso.

Entre tanto, su quinto capítulo trata sobre la colonialidad del saber académico, pues reconoce que el aula expresa relaciones de poder donde se produce y negocia el conocimiento, que la dinámica entre los estudiantes y profesores de color para con los estudiantes e instructores blancos a menudo da como resultado que los conocimientos de los no blancos se marginen o se vuelvan estereotipos.

Una rara excepción se da en Chicago, donde algunos enfoques científicos de la geomorfología y los sistemas fluviales se integran con las realidades indígenas, por lo que la geografía de la ciudad se enseña como un palimpsesto de las tierras indígenas y las políticas coloniales específicas de los colonos. Con ello se pretende paliar el déficit que los estudiantes universitarios de geografía tienen respecto a la comprensión de los conocimientos de los indígenas y otros grupos desplazados.

Este tópico lo desarrolla un poco más en el sexto capítulo, pues afirma que la realidad es que la mayoría de los geógrafos que estudian los glaciares, por ejemplo, rara vez les dan crédito a los conocimientos indígenas, a las perspectivas locales o a las narrativas alternativas de los glaciares, a pesar de que grandes poblaciones de pueblos indígenas y no occidentales habitan regiones montañosas y frías cerca de los glaciares y poseen un conocimiento importante sobre los paisajes criogénicos. De allí su invitación a que la investigación se comprometa con agendas y significados contextualizados en el lugar, para así romper los patrones coloniales de expropiación de los conocimientos de las personas y los entornos. Admitir que los comités de tesis y los tutores de tesis pueden estar desinformados o ser escépticos acerca de los enfoques de descolonización, lo que deja al estudiante sin un compromiso ético constructivo, sin conocer las responsabilidades y las relaciones entre el investigador y la localidad. Finalmente, Radcliffe recomienda que, para disminuir el riesgo de violencia epistémica, se deben respetar las categorías y el conocimiento de los participantes no occidentales y reconocerlos como importantes, complejos y dinámicos.